

Recuerdos de un amigo

«Dime, ¿qué piensas de Norbert Elias?». Nadie me ha preguntado cosas jamás con el interés con que me las preguntaba Stefano. Cuando él me preguntaba algo así, yo advertía que me estaba escuchando con enorme atención, algo que mis respuestas, a mi modo de ver, no merecían. Pero él hacía que me sintiese escuchado porque me mostraba su sincero interés por saber lo que yo pensaba. Nos conocimos en una etapa nada fácil para mí desde el punto de vista intelectual. Yo estaba escribiendo mi tesis sobre un tema relacionado con la historia y la literatura popular española del siglo XVI y él se dio cuenta de que yo necesitaba hablar de ese y de muchos otros temas para sentirme más seguro escribiendo. Así comenzamos a hablar del Siglo de Oro, del teatro, de la microhistoria, de Cervantes, de la poesía de Lorca, de la Guerra Civil y de tantas otras cosas. ¿De qué no habré hablado yo con él?

Con el tiempo empezamos a llamarnos por teléfono todas las semanas. Él estaba en Italia y yo en Suiza. A menudo nos contábamos qué películas habíamos visto: «¿Viste la de *Shakespeare in love*? Me gustó, pero no sabes cómo sufría en mi butaca cuando Shakespeare tiraba sus manuscritos a la chimenea. Sentía ganas de levantarme y abalanzarme sobre el fuego para salvarlos». Yo le dije: «Bueno, tú en realidad querías ser el guionista de *Lope in love*, ¿no?». Y él me respondió: «Sí, pero te aseguro que mi película sobre Lope sería mucho más movida que ésta de Shakespeare».

Stefano llevaba a Lope en el corazón y a Calderón en la cabeza. Cuando me hablaba de la Casa de Lope pensaba yo que ésta debería tener al lado algo así como el Palacio de Calderón. Sé que le hubiese gustado escribir una biografía de Lope. Cuando estábamos en la aldea de Tezangos (Asturias) en el verano de 1998, él estaba leyendo la apasionante tesis de Elizabeth Wright sobre Lope. Me la contaba y yo le recordaba la biografía de Norbert Elias sobre Mozart. De nuevo Elias en nuestras conversaciones, como en la plática de Suiza a la que hacía alusión al comienzo de estas líneas. La corte y los artistas nos permitían abordar el problema de la influencia del medio social en la creación literaria y musical.

En verano trabajábamos a menudo juntos. Normalmente pasábamos dos o tres semanas en Galicia, concretamente en Mera, cerca de A Coruña, en el chalet de mi madre que además le quería mucho. Él le decía: «Soy tu tercer hijo». Ella se reía y le hablaba unas veces en gallego, como a mí, y otras en castellano. Stefano hablaba un portugués hermoso con acento brasileño. Y luego pasábamos otras dos o tres semanas en Madrid, en su casa de la plaza de Gabriel Miró, con el inolvidable balcón con vistas a la Casa de Campo y a la Sierra del Guadarrama. Las Vistillas. Cuando íbamos al cine

o veíamos la tele comentábamos las películas, nos reíamos, las analizábamos y conversábamos hasta la hora de acostarnos. Con él aprendí a disfrutar de las películas malas. ¡Era tan apasionante disecarlas juntos! Y con las buenas nos lo pasábamos en grande naturalmente, como le sucede a todo el mundo.

Carlito's Way es una de las buenas y una de las que mejor recuerdo. El mundo de los mafiosos nos servía de excusa para pensar sobre las relaciones humanas, la amistad, la traición y, cómo no, el honor. Su manera de hablar de las películas me recordaba su modo de interpretar las obras de teatro del Siglo de Oro. A menudo le resultaba extraordinariamente fácil identificar los temas que reconocía en ellas con los de los clásicos españoles.

En Madrid fuimos a ver una vez *Poderosa Afrodita* de Woody Allen. La estructura simétrica y el ritmo bien calculado de las comedias de Allen le fascinaba. Allen era para él uno de los mejores conocedores de los mecanismos de la comedia. El Lope de Nueva York. «¿Por qué nos reímos?», me preguntaba. La cuestión de la risa le interesaba muchísimo. Para entender cómo surgía el humor en el teatro leía a Freud, pero lo leía de una manera original y nada convencional. Sabía que los sueños y la literatura siguen lógicas distintas.

Cuando hablábamos de nuestros sueños y pesadillas aparecían los demonios interiores, nuestros ángeles caídos, nuestros paraísos y nuestros infiernos perdidos. La infancia había sido para él una etapa fundamental, llena de vida, de amor y de angustias escolares. Decía que no había sido un alumno brillante y yo no podía creérmelo. ¡Cómo no iba a ser brillante Stefano! Pero él no se veía a sí mismo de ese modo. Cuando jugábamos al ajedrez siempre me ganaba porque él era un maestro en este juego. En su familia el ajedrez gozaba de una gran tradición. Mi única manera de ponerle en dificultades consistía en jugar con ventaja, es decir, dos contra uno. Johanna, mi mujer, y yo nos poníamos a un lado del tablero, comentando nuestras jugadas en alemán y tratando con nuestros cuatro ojos de ver qué movimiento haría él a continuación. Aun así, Stefano solía ganarnos. Y lo mejor de todo era su afán didáctico incluso en este tipo de ocasiones: tras cada partida nos explicaba qué había fallado en nuestra defensa o en nuestro ataque. Quería que aprendiéramos y aprendimos mucho, pero él siempre sabía más. Es verdad. Se ponía a leer los ejemplos de jugadas que aparecen comentados al final del periódico, nos hablaba de las «míticas hermanas Polgar». Y al final solíamos acabar riendo todos sobre nosotros mismos, sobre nuestro afán de ganar y nuestro temor a perder. El juego en general era un tema que le apasionaba y sobre todo una excusa para estar con los demás y disfrutar juntos.

El fútbol era otro de sus juegos preferidos. Daba saltos delante del televisor mientras yo miraba el periódico con aire distraído. Como yo no entiendo de fútbol él prefería hablar con mi hermano Santi, un hinchado del Deportivo y un gran conocedor de esa y otras materias. Era fantástico verlos a los dos comentando jugadas, juzgando a entrenadores, futbolistas y directivos.

Estaba siempre enterado de lo que ocurría en la Liga española. En realidad necesitaba saber tanto del presente como del pasado de España, tanto de fútbol como de cocina, tanto de historia como de literatura. A veces me tomaba el pelo con «españoladas» que a mí me disgustaban, pero que a él le hacían mucha gracia o simplemente le traían recuerdos. En una ocasión me regaló un compacto doble con

música de Concha Piquer. Acepté el regalo con cara de fastidio y le dije: «*Nihil hispanum tibi alienum est*. Eres el hispanista más completo y perfecto que conozco». Pero, debo reconocerlo, acabé escuchando esta música con cierto agrado gracias a él y ahora no soy capaz de ponerla de nuevo porque me recuerda demasiado a Stefano.

Me ocurre lo mismo con unas canciones de Nat King Cole. La última vez que estuvimos con él en Italia durante las vacaciones de Semana Santa anteriores a su desaparición, ponía a menudo la banda sonora de una película preciosa que le tocó su vena más romántica: *In the mood for love*. Algunas de las canciones eran de Nat King Cole. El ambiente de la película es el de Hong Kong en los años cincuenta o sesenta. La historia de un amor imposible en un decorado en que todos los detalles han sido filmados con detenimiento y sensibilidad. Aparte de pensar sobre la trama en sí, la estética de lo cotidiano, desde las persianas de aquellos años hasta los teléfonos de entonces, le hacía reflexionar sobre qué es lo que nos impide vernos a nosotros mismos en el presente sumidos en las modas actuales y se preguntaba cuándo empezamos a reconocer en nuestras fotos que estamos vestidos con ropa típica de una época anterior, que llevamos un peinado que ya nadie lleva o que estamos rodeados de objetos pasados de moda.

Cuando nuestro querido Pepe Pedrosa nos lo presentó en Madrid a mí y a mi mujer, Stefano se fundió en un abrazo con mi mujer. En el grupo en el que estábamos todos nos quedamos mirando y les preguntamos: «¿Qué os pasa?». Los dos respondieron a coro: «Somos protestantes y acabamos de descubrir que la iglesia protestante de Bülach (Suiza) colabora con los protestantes sicilianos». Para Stefano su educación protestante era una parte fundamental de su vida. Muchas de sus actitudes se las explicaba a sí mismo y a los demás partiendo de esa formación religiosa. Cuando fue a vivir a Estados Unidos con sus padres siendo un niño descubrió con una alegría incomparable que por fin no estaba en minoría como en Italia, que entre los demás también había muchos que iban a la escuela dominical. Creo que ésa fue una de las épocas más felices de su vida, al menos una de las que él recordaba con mayor agrado junto con su etapa adolescente y juvenil en la España del tardofranquismo y de la Transición.

No olvidaba, sin embargo, la impresión que le produjo la España del final de la dictadura. «No había cosa más horrible que una Semana Santa o una tarde de domingo en el Madrid de aquellos años», me decía a veces. Todo era deprimente en un país sin libertad y con muchos complejos. Pero la Transición le emocionó tanto y le quedó tan grabada en su mente, con sus exageraciones y sus momentos más o menos importantes, como a la mayoría de los españoles que eran jóvenes en aquella época.

Y no sólo era Madrid su lugar de encuentros y palabras. Iba a Barcelona y veía siempre a sus grandes amigas Blanca Muñiz y su hija Giovanna. Iba a Sevilla y veía a Valle. Iba a Vitoria y encontraba a Eukene Lacarra y a tantos otros amigos. Me hablaba de tanta gente a la que quería. En Madrid nos veíamos con Teresa, con Elena, con Pepe, con Esther, con Lola (a la que encontrábamos también cada verano en la sardñada de Sada en Galicia) y con tantos y tantos amigos de la escuela italiana o de la Universidad o de la Casa Velázquez o simplemente de la Biblioteca Nacional o de cualquier otro sitio. Cuando se iba acercando el día del viaje a Italia, su Italia del alma, empezaba a ponerse nervioso. Lo llamaba el «síndrome de la última semana». Le entendía muy bien porque a mí me sucede algo parecido: querer arreglarlo todo antes

de partir como si uno no pudiese volver luego de nuevo y recomenzar allí donde lo dejó todo la última vez.

En París Lina, en Toulouse Marc y su mujer, en Roma su familia, Gian Piero y los suyos, Fausta, Julián, Carlos y Cristina, en Milán sus viejos amigos, en Pisa los antiguos colegas y profesores, en Nápoles Augusto, en San Elia Gianfranco y Wanda... La geografía de Stefano era una geografía de reencuentros y de recuerdos de gente amada, apreciada o con intereses compartidos. Su Brasil, al que volvió a dar clase hace unos años, le permitía recordar los años de su juventud. Su viaje de nuevo a Estados Unidos para encontrar a sus antiguos compañeros de clase le hizo revivir su niñez. Sus idas y venidas a España, todo llenaba su tiempo y su espacio, su memoria. Entre todos esos lugares había un lugar especial: Sestri Levante, el lugar de sus veraneos con su familia durante su infancia y adolescencia. Sestri era el lugar donde nos encontrábamos en primavera cuando deseábamos pasar unos días juntos. Nosotros nos acercábamos desde Suiza, a veces con nuestra amiga Ruth, y él se venía desde Roma. A sus padres los conocí en Sestri y ellos eran quienes cariñosamente nos invitaban a su apartamento con vistas al mar. Allí en Sestri se podía pasear, ir de excursión a Cinque Terre, leer a Lope en voz alta interpretando cada uno un personaje distinto o jugar al fútbolín, un juego en el que por cierto solía ganar yo, quizás por la mala uva que me dejó mi experiencia escolar, quién sabe.

Carmelo Samonà le enseñó, entre otras muchas cosas, a mantener la dignidad en el mundo universitario. Stefano adoraba a sus alumnos, trabajaba con todas sus fuerzas para preparar sus clases y los conocía por sus nombres. Una vez asistí a una de sus clases sobre el Quijote junto con Johanna. Quería que le diésemos nuestra opinión sobre su manera de enseñar. Vimos cómo entablaba un diálogo con sus alumnos, cómo les hacía participar sugiriéndoles interpretaciones de la obra que él tanto admiraba. Eran clases abiertas, vivas, intensas. Al acabar Stefano estaba agotado, pero en el fondo feliz.

En nuestro último encuentro en Roma nos enseñó el Tempietto de Bramante. El sabía que yo realicé en una ocasión un trabajo casi detectivesco sobre ese edificio en diversos archivos y bibliotecas, pero que todavía no lo había visitado. Para él era un lugar cargado de recuerdos. Había vuelto a colgar en su dormitorio el cuadro del Tempietto que una amiga suya pintó años atrás. Es un cuadro deslumbrante. Nos llevó en coche a ver el Tempietto y observamos la ciudad desde ese lugar privilegiado.

Hablando con Stefano me di cuenta de que su empleo del silencio era tan sabio como su uso de la palabra. Aquello sobre lo que no decía nada solía ser lo más íntimo, lo más importante y lo más personal. No hacía falta decirlo. Tampoco yo lo diré ahora, Stefano. Será la única manera de guardar adecuadamente el recuerdo de quien llegó a ser mi mejor amigo.

Luís M. Calvo Salgado